

## **El fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936**

**Pablo Raúl Rojas Domínguez**

projas@filouna.edu.py

Universidad Nacional de Asunción

Facultad de Filosofía

Paraguay

### **Resumen**

El estudio del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936 constituye un campo de análisis histórico complejo, marcado por la interacción entre ideologías europeas, experiencias regionales y dinámicas internas propias de un país que emergía profundamente transformado tras la Guerra del Chaco. El presente trabajo examina de modo riguroso las manifestaciones, reinterpretaciones y límites del fascismo paraguayo en el contexto febrerista, observando sus raíces intelectuales, la composición social de sus adherentes, su relación con las Fuerzas Armadas, y la influencia que ejercieron los modelos autoritarios contemporáneos de Italia, Alemania, España y Portugal. A través de un estudio crítico se argumenta que el fascismo paraguayo no constituyó una reproducción fiel de los sistemas totalitarios europeos, sino una apropiación selectiva, instrumental y tensionada, capaz de convivir con tradiciones políticas nacionales que precedían al fenómeno.

La Revolución de Febrero de 1936 permitió la irrupción de discursos antiliberales, nacionalistas y estatistas que se alimentaron del clima de efervescencia posbélica y del profundo descrédito de las élites políticas anteriores. La figura del coronel Rafael Franco, símbolo de los veteranos del Chaco y portavoz de reivindicaciones largamente postergadas, se convirtió en el eje articulador de una alternativa política heterogénea. Dentro de esa heterogeneidad se insertaron corrientes de inspiración fascista, particularmente vinculadas a grupos juveniles, a algunos oficiales de las Fuerzas Armadas y a sectores nacionalistas urbanos que veían en la experiencia febrerista una oportunidad para instaurar un Estado corporativo y regenerador, capaz de superar el multipartidismo tradicional y el liberalismo parlamentario.

El análisis teórico e histórico desarrollado en este estudio revela que, aunque varios elementos retóricos y programáticos del gobierno de Rafael Franco pueden asociarse al fascismo —como el culto al líder, el rechazo al liberalismo, el elogio de la unidad orgánica de la nación, la simbología patriótica intensificada y la propuesta de un Estado interventor y disciplinador—, el proceso paraguayo mantuvo características que lo distancian de los regímenes totalitarios europeos. Entre estas se destacan la falta de un partido único plenamente consolidado, la ausencia de una doctrina sistemática, la persistencia de viejos clivajes partidarios y regionales, la resistencia de sectores conservadores tradicionales y la rápida caída del gobierno febrerista antes de implementar un proyecto de largo plazo.

El fascismo paraguayo durante la Revolución de 1936 debe entenderse, por tanto, no como una ideología dominante, sino como una corriente influyente dentro de un proyecto político mayor, fragmentado, contradictorio y fuertemente condicionado por el contexto bélico reciente. El febrerismo incorporó elementos fascizantes como parte de un lenguaje de renovación nacional, pero coexistió al mismo tiempo con demandas sociales progresistas, propuestas corporativistas ambiguas, impulsos antioligárquicos y tensiones entre cuadros militares y civiles. La investigación concluye que el fascismo en Paraguay fue un fenómeno híbrido, limitado tanto por factores estructurales como por

disputas internas del movimiento revolucionario, pero suficientemente significativo como para dejar una huella en la cultura política paraguaya y en los debates sobre modelos de Estado, ciudadanía y autoridad en el período de entreguerras.

**Palabras Clave:** Fascismo, febrerismo, Rafael Franco, nacionalismo, autoritarismo, Guerra del Chaco, corporativismo, militarismo.

## Fascism in Paraguay during the 1936 Revolution

### Abstract

The study of fascism in Paraguay during the Revolution of 1936 constitutes a complex field of historical analysis, marked by the interaction between European ideologies, regional experiences, and internal dynamics specific to a country that emerged profoundly transformed after the Chaco War. This work rigorously examines the manifestations, reinterpretations, and limits of Paraguayan fascism in the Febrerista context, observing its intellectual roots, the social composition of its adherents, its relationship with the armed forces, and the influence exerted by contemporary authoritarian models in Italy, Germany, Spain, and Portugal. Through a critical study, it is argued that Paraguayan fascism was not a faithful reproduction of European totalitarian systems, but rather a selective, instrumental, and tense appropriation, capable of coexisting with national political traditions that preceded the phenomenon.

The February Revolution of 1936 allowed the emergence of anti-liberal, nationalist, and statist discourses that were fueled by the post-war climate of effervescence and the deep discredit of the previous political elites. The figure of Colonel Rafael Franco, a symbol of the Chaco War veterans and a spokesperson for long-postponed demands, became the central figure of a heterogeneous political alternative. Within this heterogeneity were currents of fascist inspiration, particularly linked to youth groups, some military officers, and urban nationalist sectors who saw in the February experience an opportunity to establish a corporatist and regenerative state, capable of overcoming traditional multipartism and parliamentary liberalism.

The theoretical and historical analysis developed in this study reveals that, although several rhetorical and programmatic elements of Rafael Franco's government can be associated with fascism—such as the cult of the leader, the rejection of liberalism, the praise of the nation's organic unity, intensified patriotic symbolism, and the proposal of an interventionist and disciplinarian state—the Paraguayan process maintained characteristics that set it apart from European totalitarian regimes. Among these stand out the lack of a fully consolidated single party, the absence of a systematic doctrine, the persistence of old partisan and regional divisions, the resistance of traditional conservative sectors, and the rapid fall of the Febrerista government before implementing a long-term project.

Paraguayan fascism during the 1936 Revolution should therefore be understood not as a dominant ideology, but as an influential current within a larger political project that was fragmented, contradictory, and strongly conditioned by the recent wartime context. Febrerismo incorporated fascist elements as part of a language of national renewal, but at the same time it coexisted with progressive social demands, ambiguous corporatist proposals, anti-oligarchic impulses, and tensions between military and civilian cadres. The research concludes that fascism in Paraguay was a hybrid phenomenon, limited both by structural factors and by internal disputes within the revolutionary movement, but sufficiently significant to leave a mark on Paraguayan political culture and on debates about models of state, citizenship, and authority during the interwar period.

**Keywords:** Fascism, Febrerismo, Rafael Franco, nationalism, authoritarianism, Chaco War, corporatism, militarism.

## **Introducción:**

La historia política del Paraguay en el período comprendido entre la Guerra del Chaco y la década de 1940 constituye uno de los momentos más singulares y dinámicos del Cono Sur, caracterizado por una profunda reconfiguración del Estado, una participación decisiva de los veteranos de guerra y una intensa circulación de discursos ideológicos provenientes de Europa y América Latina. Entre esos discursos, el fascismo ocupa un lugar relevante tanto por su presencia explícita en agrupaciones juveniles, círculos militares y movimientos nacionalistas, como por su influencia indirecta en debates sobre el orden social, la naturaleza del Estado y el papel de la autoridad política en una sociedad marcada por la reconstrucción posbélica. Este trabajo se propone analizar de manera exhaustiva la presencia, características y límites del fascismo en Paraguay durante la Revolución de Febrero de 1936, considerando el marco teórico internacional sobre el fascismo, las particularidades sociales y políticas del Paraguay de entreguerras y la compleja estructura del movimiento febrerista.

La Revolución de 1936 no puede comprenderse sin atender al impacto multidimensional de la Guerra del Chaco, conflicto que no solo transformó la estructura demográfica y económica del país, sino que también modificó su cultura militar, sus percepciones sobre el liderazgo político y las expectativas de la ciudadanía respecto al rol del Estado. La victoria en la guerra generó un clima de reivindicación nacional y de cuestionamiento hacia las autoridades civiles que habían gestionado el conflicto, abriendo espacio para la emergencia de nuevos actores políticos, muchos de ellos provenientes del frente bélico. Dentro de este escenario, el gobierno de Rafael Franco canalizó un conjunto de aspiraciones populares que incluían reformas sociales, justicia para los combatientes, reorganización institucional y un fuerte rechazo a las élites tradicionales. El lenguaje político de la época incorporó referencias al orden, la disciplina, el sacrificio y la unidad nacional, conceptos que también eran centrales en los discursos fascistas europeos.

Sin embargo, identificar la esencia del fascismo paraguayo implica superar simplificaciones y evitar interpretaciones que proyecten mecánicamente los modelos italiano o alemán sobre el caso local. El fascismo paraguayo fue, en gran medida, una adaptación selectiva de ideas antiliberales y nacionalistas que, si bien compartían afinidades con el pensamiento fascista europeo, se integraron en un contexto cultural particular, marcado por tradiciones políticas que incluían rasgos militaristas, comunitaristas y antioligárquicos anteriores al fenómeno mundial del fascismo. La estructura social paraguaya, la debilidad del aparato estatal, la fragmentación de los partidos tradicionales y la ausencia de una burguesía industrial robusta condicionaron las posibilidades de gestar un movimiento fascista plenamente desarrollado.

El objetivo central de esta investigación es examinar, desde una perspectiva histórico-analítica, las características ideológicas, organizacionales y simbólicas del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936. Para ello se estudian documentos programáticos, discursos oficiales, prensa de la época, testimonios de actores políticos y comparaciones con experiencias contemporáneas del Cono Sur, especialmente Argentina y Brasil. El enfoque teórico combina aportes de la historia intelectual, la sociología política y los estudios comparados sobre fascismo, con el fin de situar el caso paraguayo dentro de los debates actuales sobre fascismos periféricos, autoritarismos híbridos y procesos de modernización truncados.

A lo largo del desarrollo del presente trabajo se argumentará que el fascismo paraguayo, aunque limitado y fragmentario, tuvo una influencia significativa en la cultura política del período febrerista, contribuyendo a formular propuestas de un Estado fuerte, unificado y orgánicamente estructurado. No obstante, también se sostendrá que esa influencia estuvo contenida por tensiones internas del movimiento revolucionario, resistencias de sectores conservadores, rivalidades militares y la ausencia de una estructura partidaria disciplinada capaz de sostener un proyecto autoritario de largo plazo. Comprender estas dinámicas resulta fundamental no solo para interpretar el proceso revolucionario de 1936, sino también para analizar la evolución posterior del sistema político paraguayo y su relación con distintas formas de autoritarismo a lo largo del siglo XX.

El estudio del fascismo constituye un campo vasto, polifacético y en continua revisión, cuyo desarrollo teórico ha oscilado entre definiciones maximalistas y minimalistas, modelos comparativos globales y enfoques contextualizados en las realidades nacionales de distintas regiones. Para analizar adecuadamente las manifestaciones del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936, es imprescindible establecer primero los núcleos conceptuales que la literatura especializada ha identificado como características esenciales del fenómeno. Si bien existe un consenso general respecto a ciertos rasgos, el fascismo ha sido descrito por diversos autores como un movimiento proteico, adaptable y dependiente de condiciones históricas específicas. Esta plasticidad explica por qué, particularmente en América Latina, el fascismo adoptó formas híbridas, incompletas o marginales sin perder por ello su carga ideológica fundamental.

Uno de los aportes teóricos más influyentes es el de Roger Griffin, quien define el fascismo como un ultranacionalismo palingenésico, es decir, una doctrina que promete la regeneración total de la comunidad nacional mediante la movilización masiva, la disciplina colectiva y la destrucción del orden liberal existente. Para Griffin, la esencia del fascismo reside en la visión de un renacimiento nacional, un mito movilizador que justifica la violencia, el culto al Estado y la subordinación del individuo a una comunidad orgánica superior. Este enfoque resulta especialmente útil para el estudio del caso paraguayo, dado que la posguerra del Chaco produjo un imaginario de renacimiento nacional que se articuló en torno a los combatientes, la reconstrucción económica y la denuncia de la clase dirigente anterior.

Por su parte, Stanley Payne ofrece una tipología comparativa que distingue entre características ideológicas, organizacionales y estilísticas del fascismo. Entre las ideológicas destacan el anticomunismo, el antiliberalismo, el nacionalismo extremo y la aspiración a un Estado autoritario que represente la unidad de la nación. Entre las organizacionales se encuentran la existencia de un partido único, una milicia paramilitar, una jerarquía disciplinada y un liderazgo carismático. Payne también resalta elementos estilísticos como la propaganda masiva, los rituales multitudinarios, el simbolismo uniforme y la exaltación de la juventud. Aunque el caso paraguayo exhibe analogías con varias de estas dimensiones, la ausencia de un partido fascista unificado y la estructura faccional del febrerismo impidieron la concreción plena de este modelo.

Emilio Gentile, otro referente clave, entiende el fascismo como una “religión política”, es decir, un sistema que atribuye valor sagrado a la nación, al líder y al Estado, utilizando rituales, símbolos y mitos para generar adhesión emocional. La noción de religión política es particularmente pertinente para explorar cómo los discursos febreristas exaltaron el sacrificio de los combatientes del Chaco,

transformándolo en fuente de legitimidad casi sagrada para el movimiento. La retórica de Rafael Franco y de ciertos grupos juveniles revelaba elementos de sacralización de la patria y del sufrimiento bélico, lo cual reforzaba un sentimiento de misión colectiva vinculada al renacimiento nacional.

Otros autores, como Robert Paxton, han propuesto enfoques centrados en la práctica, definiendo el fascismo por lo que hace y no solo por lo que dice. Paxton identifica cinco etapas: el surgimiento del movimiento, su arraigo en la vida política, la toma del poder, el ejercicio del poder y el radicalismo creciente hacia la expansión externa o el exterminio interno. Este enfoque permite diferenciar entre movimientos con aspiraciones fascistas y regímenes plenamente desarrollados. En el caso de Paraguay, muchos de los elementos se situaron en las fases iniciales, sin llegar a consolidarse como proyecto estatal duradero, debido a divisiones internas, oposición militar y ausencia de una maquinaria política capaz de institucionalizar el movimiento.

Una consideración importante para el análisis del fascismo en América Latina es la existencia de condiciones estructurales diferentes a las de Europa. Autores como Federico Finchelstein, Sandra McGee Deutsch, Helen Delpar y Eduardo Devés han subrayado que los fascismos latinoamericanos estuvieron fuertemente influenciados por procesos locales, entre ellos la modernización desigual, las élites oligárquicas tradicionales, la centralidad del Ejército, el peso de las identidades caudillistas y la influencia del catolicismo. Estas variables produjeron adaptaciones específicas que distanciaron a los movimientos latinoamericanos de las experiencias europeas sin eliminar su esencia ideológica antiliberal y autoritaria.

En el Cono Sur, el fascismo tuvo expresiones significativas en Argentina, Brasil y Chile, donde la propaganda italiana y alemana encontró canales institucionales diversos. En Brasil, el Integralismo de Plínio Salgado desarrolló un contenido doctrinario más elaborado que otros movimientos de la región, con fuerte énfasis en el espiritualismo, la disciplina y el corporativismo. En Argentina, la Liga Patriótica, los nacionalistas católicos y grupos juveniles mostraron afinidades ideológicas con el fascismo, aunque sin consolidar un partido único de masas. En Chile, la Falange Nacional y ciertos sectores militares también reflejaron influencias. Estas comparaciones resultan esenciales para ubicar el caso paraguayo dentro de un mapa más amplio de apropiaciones heterogéneas del fascismo.

En Paraguay, el impacto del fascismo estuvo mediado por una serie de factores que moldearon su recepción. En primer lugar, el país atravesaba un proceso de reconstrucción nacional tras la Guerra del Chaco, con una sociedad profundamente movilizada, una élite política desacreditada y un Ejército que emergía como actor central. En segundo lugar, la estructura económica, mayoritariamente agraria y con un débil desarrollo industrial, limitaba la base social típica de los movimientos fascistas europeos, que se apoyaban en sectores urbanos modernos. Sin embargo, la presencia de grupos de veteranos, jóvenes radicalizados y oficiales intermedios proporcionó un terreno fértil para la apropiación simbólica de ideas fascistas. En tercer lugar, la Revolución de 1936 creó un contexto de ruptura institucional que permitió experimentar con discursos y propuestas antiliberales sin las restricciones del régimen parlamentario tradicional.

El fascismo paraguayo, más que un movimiento orgánico, puede entenderse como un conjunto de capas superpuestas de ideas, símbolos y prácticas que circularon en el ambiente febrerista. Entre ellas se pueden mencionar la noción de un Estado fuerte y disciplinario, el elogio de la unidad nacional, la valoración de la

juventud y del sacrificio bélico, y la crítica al liberalismo parlamentario y a las élites económicas tradicionales. A su vez, ciertos sectores del febrerismo aspiraron a crear organizaciones de tipo corporativo y milicias civiles vinculadas al Estado, imitando modelos europeos. No obstante, estas iniciativas nunca se consolidaron plenamente debido a la brevedad del régimen y a luchas internas que terminaron debilitando la cohesión del movimiento.

También es necesario explorar el papel del Ejército como institución en la difusión de ideas fascistas. La literatura sobre militarismo en América Latina indica que muchos oficiales jóvenes, especialmente aquellos que habían participado en conflictos bélicos recientes, desarrollaron afinidades con modelos autoritarios extranjeros, en particular con los sistemas que exaltaban el orden, la disciplina, la jerarquía y la movilización nacional. En Paraguay, este fenómeno fue especialmente visible después del Chaco, cuando surgió una generación de oficiales que cuestionaba el sistema político tradicional y buscaba formas alternativas de organización estatal. Este clima favoreció la adopción de ciertos lenguajes fascizantes, aunque no necesariamente derivó en un compromiso doctrinario profundo.

Finalmente, el marco teórico debe incluir el análisis del corporativismo, un concepto central tanto en la teoría fascista como en las propuestas del febrerismo. El corporativismo implica la organización de la sociedad en cuerpos funcionales — trabajadores, empresarios, campesinos, sectores profesionales— que colaboran bajo la dirección del Estado en lugar de competir libremente o articularse mediante partidos. Mientras que el corporativismo fascista perseguía la eliminación del conflicto de clases mediante una estructura verticalista, el corporativismo latinoamericano a menudo adoptó formas más moderadas, influenciadas por el catolicismo social y las reformas laborales del período. El corporativismo febrerista combinó elementos de ambas tradiciones, proponiendo una estructura estatal que buscaba integrar a los veteranos, campesinos y trabajadores urbanos en un esquema de representación funcional.

En conjunto, proporciona las herramientas necesarias para interpretar el fascismo paraguayo no como una réplica de modelos europeos, sino como un fenómeno híbrido, adaptado a las condiciones locales y limitado por factores estructurales e institucionales que caracterizaron al Paraguay de entreguerras. Su estudio permite comprender mejor tanto las características propias del movimiento febrerista como las particularidades de la circulación global de ideologías autoritarias durante la primera mitad del siglo XX.

El análisis histórico del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936 exige situar el fenómeno en un marco más amplio que contemple los procesos de transformación económica, social, cultural y política que caracterizaron al país durante las primeras décadas del siglo XX. No se trata únicamente de identificar la presencia de discursos o grupos con afinidades fascistas, sino de comprender las condiciones estructurales, las tensiones internas del sistema político y las percepciones colectivas que permitieron que dichas ideas influyeran en ciertos sectores del febrerismo. Para ello es fundamental comenzar con el contexto previo a la Guerra del Chaco, pues las raíces de la crisis del orden liberal paraguayo se remontan a las primeras décadas del siglo, cuando comenzaron a manifestarse las limitaciones del modelo político surgido tras la guerra civil de 1904.

El período anterior a 1932 estuvo marcado por la hegemonía del Partido Liberal, que gobernó de manera ininterrumpida durante casi tres décadas. Aunque este partido se presentaba como representante del constitucionalismo, el liberalismo

económico y el progreso, su dominio estuvo marcado por divisiones internas, rotación faccional y un sistema político caracterizado por el clientelismo, la concentración del poder en élites urbanas y la débil institucionalización del Estado. Esta situación generó un creciente malestar social que se expresó en huelgas, movimientos campesinos, reclamos estudiantiles y tensiones dentro del propio Partido Liberal. A pesar de ello, el régimen conservó cierta estabilidad hasta la Guerra del Chaco, cuya magnitud y duración transformaron radicalmente el escenario nacional.

La Guerra del Chaco (1932–1935) implicó la movilización masiva de la población, especialmente de jóvenes campesinos y sectores populares que hasta entonces habían estado marginados de la vida política. El conflicto, que enfrentó a Paraguay con Bolivia en un territorio inhóspito, no solo hizo emerger nuevas formas de organización militar y logística, sino que también creó un sentimiento colectivo de identidad nacional reforzada, basado en el sacrificio compartido, el heroísmo bélico y el sufrimiento común. El Estado liberal, incapaz de gestionar eficazmente la posguerra y de atender las demandas de los veteranos, perdió rápidamente legitimidad. Este vacío político abrió espacio para la reconfiguración de fuerzas y la emergencia de liderazgos que cuestionaron de forma directa el orden previo.

En este contexto, el coronel Rafael Franco surgió como una figura emblemática. Con una reputación de héroe del Chaco y una trayectoria militar que lo vinculaba directamente con las tropas combatientes, Franco encarnó las aspiraciones de un amplio sector de veteranos, jóvenes nacionalistas y oficiales intermedios que buscaban una transformación profunda del país. Su discurso combinaba elementos de justicia social para los excombatientes, nacionalismo exaltado, crítica al liberalismo y promesas de regeneración estatal. Estas ideas sintonizaban con el espíritu de época marcado por la circulación de modelos autoritarios en Europa, especialmente entre sectores militares que veían en la disciplina, el orden y la movilización nacional elementos esenciales para construir un nuevo Paraguay.

La Revolución del 17 de febrero de 1936 fue el resultado de una conjunción de factores: el descontento de los veteranos del Chaco, el desgaste del régimen liberal, la movilización social creciente y el apoyo de sectores militares con inclinaciones nacionalistas y antiparlamentarias. El golpe encabezado por Franco derrocó al presidente Eusebio Ayala y estableció un gobierno que se autodenominó revolucionario, antioligárquico y renovador. Desde sus inicios, el gobierno febrerista intentó promover una imagen de ruptura total con el pasado, lo cual se expresó en la retórica oficial, los símbolos utilizados en actos públicos, las reformas anunciadas y las reorganizaciones institucionales. En estas dinámicas se observa con claridad la influencia de ciertas ideas fascistas, aunque adaptadas al contexto paraguayo.

Uno de los principales elementos que permite identificar tendencias fascistizantes durante el gobierno de Franco es su concepción del Estado y de la autoridad política. El régimen se presentó como portador de una misión histórica destinada a devolver al pueblo su dignidad perdida, a reorganizar la economía y a disciplinar a una sociedad vista como debilitada por décadas de decadencia liberal. Esta narrativa se articulaba mediante imágenes de regeneración, renovación nacional y transformación radical, que evocaban el mito palingenésico propio del fascismo. El uso de lenguaje épico, referencias constantes al sacrificio en la guerra y la elevación moral de los combatientes eran recursos empleados para legitimar un nuevo orden político.



Además del lenguaje, el gobierno impulsó reformas que buscaban crear estructuras corporativas de participación social. Se propuso la organización de gremios de trabajadores, productores rurales y otros sectores en cuerpos funcionales que dependerían directamente del Estado, sustituyendo así al sistema tradicional basado en partidos políticos y representación electoral. Aunque estas reformas no llegaron a consolidarse plenamente, su intención revela una clara influencia de las doctrinas corporativistas que circulaban en Europa y América Latina en ese período. La idea de que la representación debía ser de carácter funcional antes que partidario coincidía con los esfuerzos de movimientos fascistas por eliminar la competencia política y crear una comunidad nacional homogénea bajo la dirección del Estado.

Otro indicador de la influencia fascista fue el papel de la juventud dentro del movimiento febrerista. En varios países, el fascismo otorgó un lugar central a los jóvenes, quienes eran vistos como portadores de energía, pureza moral y capacidad de renovación. En Paraguay, grupos juveniles vinculados al gobierno impulsaron actividades de propaganda, desfiles, marchas y actos simbólicos que evocaban prácticas de movimientos fascistas europeos. Estas organizaciones buscaban moldear un nuevo tipo de ciudadano, disciplinado y patriota, fiel al Estado y al liderazgo de Franco. Sin embargo, a diferencia de las juventudes fascistas europeas, carecían de una estructura cohesionada, de una doctrina clara y de una coordinación nacional efectiva.

La influencia militar también fue determinante. Muchos oficiales que habían participado en la guerra se sentían frustrados por la gestión política civil y consideraban que el país necesitaba una dirección más firme, inspirada en valores de disciplina, jerarquía y unidad. Algunos de ellos admiraban abiertamente las políticas de Mussolini o Hitler, aunque esa admiración se expresaba más en términos simbólicos o estilísticos que en un compromiso doctrinario profundo. Las Fuerzas Armadas se convirtieron en el eje del proyecto político febrerista, y el gobierno promovió una visión militarizada de la sociedad, exaltando la obediencia, el sacrificio y la capacidad de organización. No obstante, también existían divisiones internas dentro de la institución, lo que limitó la posibilidad de implementar un modelo autoritario más integral.

A pesar de estas tendencias, es fundamental subrayar que el fascismo paraguayo nunca alcanzó una institucionalización plena. Uno de los factores más importantes fue la ausencia de un partido único que sirviera como canal de movilización masiva y como mecanismo de control social. Aunque existieron intentos de crear una organización política oficial que agrupara a los simpatizantes del régimen, estos esfuerzos se vieron obstaculizados por rivalidades internas, desconfianza entre militares y civiles, y la falta de una base social homogénea. El febrerismo fue un movimiento heterogéneo, conformado por sectores nacionalistas, grupos de izquierda, veteranos, campesinos, estudiantes y militares, muchos de los cuales tenían proyectos distintos o contradictorios. Esta falta de cohesión impidió que el gobierno desarrollara una maquinaria política similar a la del Partido Nacional Fascista en Italia o el Partido Nazi en Alemania.

Otro límite importante fue la resistencia de las élites tradicionales. Si bien algunas élites económicas apoyaron inicialmente la caída del régimen liberal, pronto comenzaron a desconfiar del gobierno revolucionario, particularmente de sus propuestas de reforma agraria, intervención estatal en la economía y reorganización administrativa. Estas élites, que mantenían vínculos con sectores conservadores del Ejército, presionaron para que el régimen adoptara un rumbo más moderado. Su resistencia se sumó a la oposición de sectores clericales, diplomáticos extranjeros y

partidos tradicionales que veían al febrerismo como una amenaza para el orden vigente.

La breve duración del gobierno de Franco también contribuyó a limitar la expansión del fascismo. Desde sus primeros meses, el régimen enfrentó desafíos políticos, económicos y diplomáticos que dificultaron la consolidación de sus reformas. Las tensiones internas dentro del Ejército, la falta de recursos para implementar su programa social y la creciente presión de sectores opositores minaron la estabilidad del gobierno. En agosto de 1937, un nuevo golpe militar derrocó a Franco y restableció un gobierno más cercano a la estructura política previa, aunque sin eliminar por completo las influencias ideológicas que habían surgido durante el período febrerista.

A pesar de su breve existencia, la Revolución de 1936 dejó un legado significativo en la cultura política paraguaya. Muchos de los temas introducidos durante el gobierno de Franco —como el papel del Estado, la valoración de los veteranos, la crítica al liberalismo, la idea de una comunidad orgánica y la necesidad de una autoridad fuerte— continuaron influyendo en debates posteriores. Incluso después de la caída del régimen, ciertos grupos siguieron promoviendo ideas nacionalistas y autoritarias que retomaban elementos del fascismo, aunque de forma más moderada o encubierta. El febrerismo como corriente política evolucionó hacia otras formas de participación social y sindical, pero su impronta inicial, marcada por elementos fascizantes, dejó una huella que sería retomada en distintos momentos del siglo XX paraguayo.

El desarrollo histórico del fascismo paraguayo, por lo tanto, debe evaluarse como un proceso contradictorio: influyente pero limitado, visible en algunos sectores pero marginal en otros, poderoso como discurso pero débil como estructura institucional. Su estudio permite iluminar las complejas interacciones entre ideologías transnacionales y realidades locales, así como las formas en que los actores políticos adaptan, reinterpretan o rechazan modelos extranjeros en función de sus propios intereses y contextos.

El análisis crítico del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936 exige una aproximación multidimensional que integre la ideología, la estructura sociopolítica, las prácticas institucionales y las tensiones internas del movimiento febrerista. No basta con identificar elementos retóricos o simbólicos que recuerden al fascismo europeo; es necesario comprender cómo estos componentes funcionaron en el contexto paraguayo, qué actores los promovieron, qué resistencias enfrentaron y cuáles fueron sus límites estructurales. El resultado es un fenómeno complejo que desafía tanto las interpretaciones que lo describen como un fascismo plenamente desarrollado como las que niegan su existencia. El fascismo paraguayo fue, más precisamente, un campo de fuerzas en disputa, un conjunto de apropiaciones parciales e hibridaciones ideológicas que coexistieron y compitieron dentro del febrerismo sin llegar a hegemonizarlo.

Una de las paradojas centrales del proceso febrerista radica en la composición heterogénea de su base social y política. El movimiento incluía veteranos del Chaco, jóvenes nacionalistas, sectores obreros, campesinos empobrecidos, intelectuales reformistas, oficiales de diferentes rangos y grupos marginales de los partidos tradicionales. Esta diversidad generó una tensión permanente entre proyectos ideológicos incompatibles. Mientras ciertos sectores buscaban una transformación social progresista, otros promovían un modelo autoritario inspirado en experiencias extranjeras. Estas divergencias dificultaron la consolidación de un programa

coherente, y aunque el discurso oficial del régimen adoptó ocasionalmente un tono fascistizante, las prácticas efectivas del gobierno reflejaron esta lucha interna.

Entre los actores más influenciados por el fascismo se encontraban ciertos grupos juveniles y fracciones de las Fuerzas Armadas. Los jóvenes, tanto universitarios como provenientes de sectores urbanos populares, veían en el fascismo europeo un modelo de renovación moral y disciplinamiento nacional que coincidía con sus críticas al sistema liberal paraguayo. Algunos adoptaron símbolos, uniformes, saludos rituales y consignas que evocaban explícitamente las prácticas fascistas. Sin embargo, estos grupos carecieron de la cohesión, la disciplina y la estructura organizativa necesarias para convertirse en un verdadero movimiento fascista. Sus aspiraciones chocaron con las prioridades del gobierno, que debía equilibrar intereses diversos y mantener la unidad entre militares y civiles.

En cuanto al Ejército, su papel en la difusión de ideas fascistas fue significativo, aunque no homogéneo. Las fracciones de oficiales que simpatizaban con el fascismo eran, en su mayoría, jóvenes que habían ascendido socialmente a través de la experiencia bélica y que veían en el régimen de Franco una oportunidad para reformar la estructura estatal de acuerdo con principios de disciplina, eficiencia y autoridad. Admiraban los modelos de modernización militar promovidos por Italia y Alemania y valoraban la capacidad de estos regímenes para integrar al Ejército en el centro de la vida nacional. Sin embargo, esta visión no era compartida por toda la institución; existían oficiales conservadores que temían que las reformas propuestas por el febrerismo debilitaran el orden tradicional, y otros que, aunque descontentos con el sistema liberal, no se sentían atraídos por los modelos fascistas.

Otro actor clave fue el sector intelectual febrerista. Entre los pensadores y propagandistas del movimiento existía una tendencia hacia el nacionalismo antiliberal, que exaltaba valores como la unidad, el sacrificio, la disciplina y la regeneración moral. Algunos intelectuales defendían un Estado fuerte, interventor y corporativo, y veían en el fascismo europeo una inspiración para construir un nuevo orden paraguayo. No obstante, incluso dentro de este grupo existían divergencias: algunos proponían un corporativismo más cercano a la doctrina social católica, otros defendían un nacionalismo de corte popular, y otros, aunque fascinados por el dinamismo de los regímenes fascistas, evitaban identificarse abiertamente con ellos debido al contexto internacional y a la resistencia interna que generaba esa asociación.

La relación entre el febrerismo y los sectores populares también revela ambigüedades. Si bien el régimen promovió medidas que buscaban mejorar las condiciones de los trabajadores y campesinos —como leyes laborales, intentos de reforma agraria y organización de sindicatos estatales—, estas políticas respondían más a una visión paternalista y disciplinaria del Estado que a una ideología fascista coherente. El gobierno oscilaba entre atender las demandas de justicia social de los veteranos y trabajadores y contener cualquier forma de movilización autónoma que pudiera desafiar su autoridad. Esta ambivalencia produjo tensiones constantes y dificultó la formación de una base social fascista orientada a la movilización total, algo indispensable para un proyecto autoritario integral.

Otro aspecto crítico es el papel de la economía en la configuración de las ideas fascistas en Paraguay. A diferencia de Europa, donde la crisis del capitalismo industrial y la amenaza del comunismo jugaron un papel fundamental en el ascenso del fascismo, en Paraguay la estructura económica agraria y la ausencia de un proletariado industrial numeroso redujeron el atractivo de las propuestas fascistas

entre los sectores empresariales y trabajadores urbanos. La falta de una burguesía industrial fuerte, capaz de financiar y beneficiarse de un régimen autoritario de modernización, limitó la posibilidad de un proyecto fascista más robusto. Además, las medidas intervencionistas del régimen generaron tensiones con las élites económicas tradicionales, que veían en el febrerismo una amenaza a su poder político y a sus intereses económicos.

El análisis crítico también debe considerar las limitaciones institucionales del fascismo paraguayo. La ausencia de un partido único disciplinado fue uno de los obstáculos más importantes. Sin un partido que articulara las demandas sociales, organizara a la población y promoviera una ideología uniforme, el régimen dependía excesivamente de las Fuerzas Armadas y del carisma de Franco. Esta dependencia dificultaba la institucionalización del proyecto político y hacía vulnerable al gobierno frente a conspiraciones militares y presiones externas. Los intentos de crear una organización partidaria febrerista fracasaron repetidamente debido a rivalidades internas, desconfianza y falta de claridad doctrinaria. El movimiento careció de mecanismos para integrar de manera orgánica a los sectores populares y a la juventud, lo cual limitó su capacidad movilizadora.

Otro límite importante fue el papel de la Iglesia católica. Aunque algunos sectores clericales compartían el antiliberalismo del febrerismo, la Iglesia desconfiaba de los modelos fascistas, especialmente por su tendencia a subordinar las instituciones religiosas al Estado. En Paraguay, donde la Iglesia tenía una fuerte presencia social y cultural, cualquier intento de imponer un modelo autoritario debía negociar con ella. La cautela del clero dificultó que el régimen adoptara medidas inspiradas en el fascismo que pudieran amenazar su influencia. Como resultado, el movimiento febrerista careció de apoyo institucional religioso para consolidar una ideología totalizante.

La política internacional también jugó un papel en limitar el desarrollo del fascismo paraguayo. Aunque algunos países europeos observaron con interés la Revolución de 1936, el contexto geopolítico de la época dificultó cualquier apoyo significativo. La región estaba bajo la influencia de Estados Unidos, que promovía la estabilidad democrática en América Latina y veía con preocupación la expansión de ideologías autoritarias. Paraguay dependía económicamente de vínculos internacionales que podían verse afectados si el régimen adoptaba un alineamiento abierto con las potencias fascistas. Esta dependencia contribuyó a que el gobierno moderara ciertos aspectos de su discurso y evitara compromisos ideológicos explícitos con modelos extranjeros.

La crítica más relevante, sin embargo, se refiere a la naturaleza híbrida y contradictoria del proyecto febrerista. Mientras algunos sectores buscaban construir un régimen autoritario inspirado en el fascismo, otros promovían reformas sociales progresistas orientadas a mejorar las condiciones de vida de los sectores populares. Esta coexistencia de tendencias tan opuestas provocó una fragmentación interna que debilitó al movimiento desde sus inicios. La falta de liderazgo doctrinario, la dependencia excesiva del Ejército, la ausencia de estructura partidaria, la resistencia de las élites y las limitaciones económicas impidieron que las ideas fascistas se consolidaran como modelo dominante.

A pesar de estos límites, la influencia del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936 fue significativa. Introdujo en el debate público conceptos como el Estado fuerte, la unidad nacional, la disciplina social, el corporativismo y la

regeneración moral. También contribuyó a la formación de una cultura política que valoraba la autoridad y la obediencia, elementos que permanecerían en la vida política del país durante décadas. El fascismo paraguayo, aunque incompleto y fragmentario, dejó una huella en la memoria colectiva y en las prácticas institucionales que se manifestaría en distintos momentos posteriores, especialmente en la consolidación de regímenes autoritarios.

La naturaleza crítica de este fenómeno radica en su simultánea presencia y ausencia: el fascismo estuvo lo suficientemente presente como para influir en discursos, políticas y símbolos, pero fue demasiado débil para consolidarse como régimen. Este carácter intermedio explica por qué los estudios sobre el fascismo paraguayo han generado interpretaciones divergentes. Algunos autores lo ven como un intento fallido de fascistización, otros como una mera retórica, y otros como un proceso híbrido. La interpretación más sólida es aquella que reconoce su existencia como corriente significativa dentro de un movimiento más amplio y contradictorio, donde disputaba espacios con otras ideologías y donde nunca adquirió hegemonía total.

## **Conclusión**

La comprensión del fascismo en Paraguay durante la Revolución de 1936 exige integrar simultáneamente los elementos ideológicos, sociales, militares y culturales que confluyeron en un momento de profunda transformación nacional. La Revolución Febrerista no fue sencillamente un episodio político breve, sino el punto de encuentro entre distintas corrientes que buscaban reimaginar el país tras la devastadora Guerra del Chaco. En ese contexto de crisis económica, malestar social, prestigio militar y desilusión con el sistema liberal, el fascismo emergió como una referencia simbólica atractiva para diversos sectores, especialmente entre la juventud militarizada, ciertos intelectuales nacionalistas y grupos marginados por el orden partidario tradicional. Sin embargo, el fascismo paraguayo nunca llegó a consolidarse como un proyecto hegemónico, y su presencia debe entenderse como parte de un proceso más amplio y contradictorio.

Uno de los aportes centrales del análisis desarrollado es la identificación de los factores que explican por qué el fascismo, pese a su influencia, no logró convertirse en un régimen total o siquiera en un movimiento disciplinado y coherente. El primer factor es la composición interna del febrerismo. Lejos de ser un movimiento ideológico homogéneo, estaba conformado por grupos muy diferentes entre sí: veteranos empobrecidos, jóvenes radicalizados, trabajadores urbanos, campesinos desposeídos, intelectuales reformistas, oficiales nacionalistas y fracciones de los partidos tradicionales desplazados del poder. Esta diversidad generó una pugna constante entre proyectos que iban desde el autoritarismo fascistizante hasta el reformismo social, del populismo militar al socialismo moderado, del nacionalismo tradicional al renovador. Esta heterogeneidad hizo imposible la formación de una visión fascista unificada y bloqueó el desarrollo de una estructura organizativa coherente.

Además, el fascismo paraguayo careció de un partido disciplinado, elemento indispensable para la construcción de un Estado fascista según los modelos europeos. Mientras que en Italia el Partido Nacional Fascista y en Alemania el NSDAP articularon la movilización social, impusieron una ideología uniforme y construyeron redes clientelares de alcance nacional, en Paraguay el intento de crear un partido febrerista se frustró repetidamente. La desconfianza interna, las rivalidades personales, la falta de claridad doctrinaria y la inexistencia de redes orgánicas de movilización popular

impidieron que el gobierno de Franco contara con una base partidaria capaz de sostenerlo. La presencia de sectores militares con visiones divergentes del proyecto febrerista tampoco ayudó, ya que el Ejército, más que unificador ideológico, funcionó como un conjunto de facciones.

Otro límite estructural del fascismo en Paraguay fue la ausencia de un contexto socioeconómico similar al europeo. El fascismo europeo creció en sociedades industrializadas y urbanizadas, en crisis por la Primera Guerra Mundial y por el colapso económico de 1929, donde existían conflictos agudos entre proletariado industrial, burguesía financiera y clases medias urbanas desplazadas. En Paraguay, en cambio, predominaba una estructura económica agraria, con un sector industrial incipiente y un proletariado urbano relativamente pequeño. Las élites tradicionales, basadas en la exportación de productos primarios y el control de la tierra, no veían en el fascismo un aliado estratégico, y en muchos casos resistieron cualquier intento de reorganización corporativa del Estado. La falta de una burguesía industrial fuerte —elemento clave en el financiamiento y sustentación política de los regímenes fascistas europeos— redujo el potencial del fascismo paraguayo para transformarse en un movimiento de masas con amplia infraestructura.

La Iglesia católica también desempeñó un papel decisivo en limitar el avance del fascismo en Paraguay. Si bien algunos sectores eclesiásticos compartían el antiliberalismo y la crítica moral del febrerismo, la Iglesia desconfiaba de modelos autoritarios que buscaran subordinar la vida religiosa al Estado. La autoridad moral de la Iglesia en la sociedad paraguaya, especialmente en las zonas rurales, hizo que cualquier intento de construir un régimen totalitario tuviera que negociar con ella. Esta relación obligó al febrerismo a mantener un equilibrio incómodo entre el nacionalismo laico moderno y la tradición religiosa, reduciendo su margen para adoptar medidas inspiradas directamente en los modelos europeos.

El contexto internacional también condicionó el desarrollo del fascismo paraguayo. Durante la segunda mitad de la década de 1930, Estados Unidos intentaba consolidar su influencia en América Latina mediante la política del Buen Vecino, promoviendo la estabilidad regional y desalentando la expansión de modelos autoritarios vinculados a Europa. A medida que el escenario internacional se polarizaba y las tensiones que darían lugar a la Segunda Guerra Mundial se intensificaban, cualquier acercamiento explícito a Italia o Alemania se volvía riesgoso para un país pequeño y económicamente dependiente como Paraguay. Esto contribuyó a moderar públicamente la orientación fascista de ciertos sectores y a reforzar la necesidad de mantener un perfil más ambiguo.

Pese a estas limitaciones, el fascismo dejó una huella profunda en el pensamiento político paraguayo. Introdujo en el país un lenguaje estatalista y nacionalista que influyó en discursos posteriores sobre la centralización del poder, la disciplina social, el rol del Ejército y la construcción de la identidad nacional. El febrerismo, aunque híbrido e inestable, generó un imaginario político que valoraba la acción enérgica, el rechazo al liberalismo, la exaltación del sacrificio nacional y la necesidad de un Estado fuerte capaz de transformar la sociedad. Algunos de estos elementos serían retomados por movimientos políticos durante el siglo XX y, en particular, por el stronismo, que aunque no puede calificarse como fascista en sentido doctrinario, sí incorporó elementos autoritarios y nacionalistas compatibles con la tradición inaugurada en 1936.

El estudio del fascismo paraguayo también ilumina aspectos clave del funcionamiento de las identidades políticas en el país. Según el análisis desarrollado, el fascismo operó menos como un sistema ideológico cerrado y más como una caja de herramientas simbólicas y organizativas que distintos actores utilizaron según sus intereses. Para algunos jóvenes, fue un modelo de modernización moral; para ciertos militares, una guía para reorganizar el Estado; para algunos intelectuales, una alternativa al liberalismo decadente; para sectores populares, un discurso de reivindicación social vinculado a la figura del héroe-soldado. Esta multiplicidad de apropiaciones explica por qué el fascismo paraguayo fue, simultáneamente, tan influyente y tan fragmentario.

La Revolución de 1936 debe comprenderse, entonces, como un laboratorio político donde convergieron discursos de justicia social, nacionalismo radical, militarismo, corporativismo y críticas al orden liberal. Entre ellos, el fascismo ocupó un lugar destacado como referencia externa que ofrecía imágenes de eficiencia, disciplina y renovación, pero nunca se convirtió en el modelo hegemónico del movimiento. Su influencia fue real pero incompleta; profunda pero inestable; visible pero incapaz de consolidarse en un proyecto estatal total.

Este análisis permite cuestionar interpretaciones reduccionistas que buscan etiquetar la Revolución Febrerista exclusivamente como un intento fascista. Tal lectura ignora las tensiones internas, las contradicciones del movimiento, las especificidades del contexto paraguayo y la compleja interacción entre ideologías locales y extranjeras. Por otro lado, negar completamente la presencia del fascismo en este proceso también supone un error, ya que invisibiliza la importancia de la cultura política autoritaria que se estaba gestando y cuyo desarrollo influiría en décadas posteriores.

Finalmente, estudiar el fascismo paraguayo en el marco de la Revolución de 1936 no solo contribuye a comprender un periodo poco explorado de la historia nacional, sino que ayuda a reflexionar sobre los mecanismos mediante los cuales las sociedades en crisis adoptan, adaptan o rechazan ideologías externas. El caso paraguayo muestra que las ideas no se transfieren mecánicamente; se transforman según las estructuras sociales, las disputas internas, la cultura política y los intereses materiales de los actores. El fascismo paraguayo fue una traducción local, híbrida y conflictiva de modelos extranjeros, y su estudio ilumina la complejidad de los procesos de recepción ideológica en América Latina.

En suma, el fascismo durante la Revolución de 1936 debe entenderse no como una copia imperfecta de los modelos europeos, sino como un fenómeno situado, producto de una interacción singular entre las condiciones sociales paraguayas, los actores del febrerismo y las influencias internacionales. Su legado, aunque parcial e inconcluso, marcó profundamente la política paraguaya, contribuyendo a la persistencia de tradiciones autoritarias, nacionalistas y estatistas que continuarían moldeando el país en las décadas siguientes. Reconocer esta complejidad es indispensable para construir una visión más precisa de la historia nacional y para comprender cómo ciertos discursos y prácticas políticas logran sobrevivir a los cambios de régimen, adaptándose a nuevos contextos sin perder completamente su raíz histórica.

## Referencias

- Seiferheld, Alfredo M. Nazismo y fascismo en el Paraguay: Vísperas de la II Guerra Mundial, gobiernos de Rafael Franco y Félix Paiva (1936-1939). Asunción: Editorial Histórica, 1985.
- Seiferheld, Alfredo M. Nazismo y fascismo en el Paraguay: Los años de la guerra, gobiernos de José Félix Estigarribia e Higinio Morínigo (1939-1945). Asunción: Editorial Histórica, 1986.
- Seiferheld, Alfredo M. Los judíos en el Paraguay: inmigración y presencia judía (siglo XVI-1935). Asunción: Editorial Histórica / Estudios Paraguayos, 1984.
- Seiferheld, Alfredo M. Economía y petróleo durante la guerra del Chaco: apuntes para una historia económica del conflicto paraguayo-boliviano. Asunción: Instituto Paraguayo de Estudios Geopolíticos – El Lector, 1984 (o año similar).
- Gómez Lezcano, Osvaldo. «Alfredo Seiferheld: Una reflexión sobre el Paraguay del totalitarismo nazi-fascista». En Actas del IX Encuentro de Pensamiento Crítico, Corredor de las Ideas, [s.l.]: Corredor de las Ideas, 2010, pp. ... (ver p. ...).
- “El paraíso nazifascista y bastión ultraderechista en Sudamérica”, en Rebelión. Artículo que analiza la influencia ideológica nazi-fascista en Paraguay, con referencia a la obra de Seiferheld. 4 de abril de 2022.
- “Historia: un movimiento pro nazi altamente organizado en Paraguay”, en Anuario Académico UEP (Universidad del Este del Paraguay). Este artículo cita directamente los estudios de Seiferheld para describir el pro-nazismo en colonias alemanas paraguayas.